

suaves canciones; y estando así, por la una parte del teatro entró un pastor vestido de un pellico blanco, su cayado en la mano, y como espantado se puso a mirar a todas partes; y al mismo tiempo entró por la otra parte otro vestido de un pellico negro, y asimismo con admiración a todas partes miraba; mas luego, parando la suave armonía y dulce canto, el primer pastor, que Ardonio había nombre, comenzó a hablar las palabras siguientes, estando todos muy atentos.

ARDONIO.
Si los hados me han traído
De los sotos y montañas
Donde con puras entrañas
Manifiesto al dios Cupido
La gloria de sus hazañas;
Yo no sé; mas sé que veo
Todo lo que puedo ver.

Luego el segundo pastor, que según parece había por nombre Floreo, tan desamorado cuanto Ardonio amoroso, le respondió desta suerte, pasando entrellos la siguiente contienda:

FLOREO.
Pasmado de verme aquí
Estaba fuera de tiempo;
Mas ya con contentamiento
Soy vuelto del todo en mí
Para decir lo que siento.
¡Oh sepulcro envejecido,
Maldita y falsa carcoma,
Pesar que es tarde entendido,
Lazo que sojuzga y doma
La libertad del sentido!

¡Oh vosotros, que de amar
Vivis contentos y ufanos,
Hallais vida en el pesar!
¡Oh salvajes inhumanos
Harto dignos de culpar!
Que esa vida que traéis
Gastada en vuestros amores
Es la muerte, y no la veis;
Pues, ved que son los favores
Que deste amor pretendéis.

ARDONIO.
¡Oh miserable de ti,
Rústico fiero animal,
De paja lleno costal,
Importuno contra mí
Por acrecentar mi mal!
¿Tú no ves que el sol parece
Alegre alumbrando el día,
Y que la noche entristece,
Y el campo tiene alegría
Cuando de flor se guarnece?
Tal es el amor, que quieres
Deshacer con bajos nombres
Sus grandezas y placeres;
Y este es el ser de los hombres
Cobrado por las mujeres.
Sin ellas muerta es la vida,
Sin ellas todo es congoja,
Su victoria es conojoja,
Arbol de preciosa hoja
Para guirnaldas cogida.

FLOREO.
Muérdame el lobo rabioso,
Despedacame el león,
Píqueme el bravo escorpion,
Si digo de malicioso
Esto con falsa intención.
Mas es decir la verdad
Que de pura razón pende,
Y por mí fe no la entiendo
Aquel que por ceguedad
Lo que digo me defiende.
¿De quién se quejan las gentes
Sino destas importunas,
Principio de sus fortunas,
Terribles, bravas serpientes,
Pradosas, no ningunas?

¿Por quién los reyes han sido
De sus honras despojados,
Y en división sus reinos,
Y otros muchos han perdido
Sus famas, vidas, y estados?

ARDONIO.
¿Qué vale el campo sin flores,
O estar sin agua las fuentes?
Muy poco, si paras mientes:
Pues lo mismo sin amores
Valdrían todas las gentes.
El cobarde es esforzado,
Diligente el perezooso,
El pobre y loco amoso,
Y el imprudente avisado,
Y el misero generoso.
Por este amor se levantan
Los ánimos hasta el cielo;
Ella es nuestro consuelo,
De cuyos primores cantan
Las ninfas acá en el suelo.
Pues, hombres, vivid contentos
Los que sois de amor tocados,
Que tan altos pensamientos
Es victoria ser pagados
Con amor sus tormentos.

Gentileza y merecer,
Y mas al pastor Floreo
Con quien suelo contender.
¿Qué haces, rudo pastor,
Principio de la rudeza,
Arbol de dura corteza,
Contrario de aquel amor,
Bien de la naturaleza?

FLOREO.
Vosotros sabreis, hispanos,
Si es verdad lo que aquí digo;
Respóndanme los troyanos,
Sea Cartago testigo,
Y el sitio de los romanos.
¡Oh maldita pestiferencia,
Que no sé donde naciste,
Horrible y loca dolencia,
Mar esquiva, dura, y triste
Destierro de la paciencia!

De aquí nacen los rencores,
Los males, guerras y daños,
Fuerzas, pliegos, disavores,
Enemistades, y engaños,
Sospechas, ansias, dolores.
¿No le bastaba al pastor
Apacentar su ganado,
Y al rico estar descansado,
Y que fuese el labrador
Con su buey tras el arado?
Hanse metido en honduras
Por los valles y collados,
Maldiciendo sus venturas,
Llamándose desamados
Deste amor y sus locuras.

ARDONIO.
Si tú a los muchos y pocos
Igualas, di, ¿qué se espera?
Luego de aquesta manera
Todos son, y han sido locos
Desde nuestra edad primera.
¿Oh ignorante radazo!
Mejor te fuera no ser,
Para dejar de beber
Con el amoroso vaso
Que clarifica el saber.
Eres vieja y dura peña
Do las culchras están,
De dos mil torpezas hembra,
Lengua de crudo alacrán,
Monte de riscos sin leña.
¿No miras el gran valor
Deste rey de los amantes,
Llamado por nombre Amor,
A quien los mas importantes
Obedecen por señor?

Y aunque sus llagas mortales
Duelan, porque son heridas,
Después que son conocidas,
No se reciben por males,
Que en salud son convertidas.
Es Amor una dulzura,
Placer, contento y regalo
Del hombre que amar procura,
No con pensamiento malo,
Que ese amor es desventura.
Es apacible su llama,
Amorosa, y no cruel,
Mas entendiéndose de aquel
Que sus sentidos inflama
Llenos de firmeza en él.

FLOREO.
¿Parcas! ¿por qué consentís
En la tierra este pastor?
Matadle, será mejor,
Que si no le perseguís
Yo rabiaré de dolor.
Fenezcas desesperado
De loco y bravo accidente
Sin amigo, ni pariente,
O muera despedazado
Por la mas fiera serpiente.
¿Por qué quieres comparar
Lo muy malo a lo que es bueno,
Y el placer con el pesar,
Y el día claro y sereno
Con la tormenta del mar?
¿Qué bien puede dar un ciego,
Guiado por su intención,
Sin concierto ni razón,
Enemigo del sosiego
Y amigo de confusion?
¿Anda como balletero
Tirando jaras muy graves,

Y teneislas por slaves;
Pues el rapaz carnicero
Hombres mata, que no aves.
Son sus canciones y motes
Sospechas, ansias, cuidados,
Destruyendo los poblados,
Y aun hieren los sacerdotes
En los templos encerrados.

ARDONIO.
¡Oh tosco, de baja mente,
Donde el dulce amor se enfria,
En las malicias calientes!
Dime, ¿qué parecería
Una gran ciudad sin gente?
Y un árbol viejo y sin hoja
Que el invierno desgarnece,
Responde, ¿qué tal parece
Antes que el tiempo le moja,
Y viene verde y florece?
¿Pensas que consiste amar
En el deleite de amor,
Y en la gloria del gozar
Solamente aquel dulzor
Que se pretende alcanzar?

No por cierto, ni es así:
Pues amor has de entender
Que consiste en padecer
El hombre, poniendo allí
Su voluntad, vida y ser.
Vosotros, brutos bestiales,
Tomais el amor por vicio,
Y su bien teneis por males,
Mas no es aqueles su oficio,
Si no fuese entre animales.
Así que, el amor consuela
Da vida, y contentamiento;
Es verjel del pensamiento
Por quien se levanta y vuela
Mil veces en un momento.

FLOREO.
¡Oh edificio sin traza,
Hombre que mil yerros dice!
El cielo tu lengua avise,
Porque es de propia picaza
Que ella dice y se desdice.
Si pensases de vencerme
Con tus razones fundadas,
Siendo saetas malvadas,
Que vienen por ofenderme,
Como píldoras doradas,
¿Por qué alabas un rapaz
Amigo de la mentira,
Desterrador de la paz,
Ciego que al contrario mira,
Dando guerra por solaz?
¿Quién da terribles cuidados,
Muertes, llantos y gemidos?
¿Quién destierra los casados,
Y da muy buenos maridos
Los envicia a ser malvados?
¿Quién hace que las mujeres
Busquen tantas invenciones,
Sino este traidor que quiere
Dorar con falsas razones,
Siendo por sus placeres?
De aquí se inventó la lanza,
El dardo, espada, y puñal,
Ejecutores del mal,
Y la maldita venganza
Que pretende cada cual.
De aquí vienen las galas,
Entre las gentes, costosas,
Y otras mil costumbres malas,

En acabando estos últimos versos soltaron los cayados, y como mortales enemigos arremetieron el uno para el otro, y echándose los brazos a los cuellos comenzaron a luchar, cada uno procurando de derribar al otro; y estando así salieron muchas doncellas hermosamente vestidas, con ramas de palmas y laureles en las manos; y entre ellas dos tañiendo en dos vihuelas de arco, y cantando dulcemente. Y destas doncellas las unas trabaron de Ardonio, y las otras de Floreo, y levantándose ellos, dejada su enemistad aparte, comenzaron a bailar muy graciosamente; y así todos juntos, llevando en su rica silla a Venecia, se bajaron del rico teatro al son de muchos instrumentos. Luzmán recibió gran contentamiento de haber visto esta representación, considerando en ella, que debajo de cosas que parecían hacerse por pasatiempo, estaban encerradas verdaderas semejanzas y avisos, y así loó la fábula de la obra, y mas la moralidad della.

Detúvose dos meses en Venecia, y en otros lugares de aquella señoría; y pasado este tiempo, se partió la vuelta de Ferrara, porque había oído decir que el duque era muy avisado señor, y deseaba verlo, y asimismo la ciudad. Pues yendo Luzmán por su camino, habiendo visto a Pavía y a otros lugares, pensando en la crueldad de su señora Arbolea, y cómo por su causa iba desterrado, habiendo dejado su naturaleza y a sus propios padres; y así

Y mas que a todas las cosas
Luego les nacieron alas.
Luego voló el interés
Y la carestía en todo,
Como si ya no lloviese.
O el cielo por otro modo
Lo que daba ya no diese.
La envidia se levantó
Con desafueros muy vivos,
Y la hambre comenzó
Por los gastos excesivos
Que cada cual pretendió.
De aquí comenzó el castigo
De los yerros vengador,
Y ese que llamas amor
Entre el pariente y amigo
Fué tornado en desamor.
Pues si tú quieres así
Alabar este tirano
Por darme la muerte a mí,
A fe con mi propia mano
Tome venganza de ti.

ARDONIO.
Del cielo caiga mal rayo
Que te funda y desaparezca,
Tu vida presto fenezca,
Y en el mas florido mayo
No halles majada fresca.
No te dé sombra la haya,
El Fresno, laurel, ni pino,
Y el sol que alumbrá contino,
Cuando te vea, se vaya.

¿Por qué, tú, falso, cabron,
Cabeza y barba de erizo,
Quieres hacer division
Con torpeza y bajo aviso,
Entre el alma y la razón?
¿Tú hablas del deshonesto
Apelito sensual
Que tiene todo animal,
Y de no entender aquesto
Dices del bien tanto mal.
Que este corpazo pesado
A solo el placer se obliga
Con los vicios regalado;
Mas el alma es de otra liga,
Inmortal vaso extremado.

En este amor copioso
Pone sus causas y efectos,
Sus grandezas y secretos,
Y ella con inmortal gozo
Imprime en sí sus conceptos.
Y así la contemplación
Suya viene, toma y deja
En la mas alta ocasión;
De manera que se aleja
Deste cuerpo y su intención;
Por donde halla el camino
Del mas verdadero amor,
Dejando el cuerpo traidor
Que huye de lo divino
Por andarse a su sabor.
Desta suerte has de entender
Que es amor y su potencia,
Su majestad y su ser;
Y no que llames dolencia
Lo que da vida y placer.
Y pues tú con tu maldad
Quieres decir dichos vanos,
Yo no quiero tu amistad,
Mas vengamos a las manos
Que ellas dirán la verdad.

llorando de sus ojos comenzó a decir: «bien parece, desventurado de mí, que en la tierna juventud sembré simiente que no tuvo sazón para poder echar de sí fruto que de provecho fuese, de quien me confiaba yo cuando con tanta alegría me hablaba, quedando de mí mismo contento, teniendo en poco el bien de los otros, no pudiendo creer que penaban los que desdeñados y aborrecidos se veían. ¡Oh cuántas veces me rei dellos, teniendo por estable mi suerte, y agora veo lo que yo dubaba! Mas en fin, susténtese la vida que por amor, y tal cual es el mio, mas que esto se debe de sufrir». Diciendo estas cosas y otras hallóse en un espeso monte, y comenzó a ir por él a unas partes y a otras, y así anduvo tres dias con mucho trabajo; y al cuarto día, ya que era bien tarde, llegó a un lugar el mas fragoso que jamás pensó ver; y así muy cansado salió a un pequeño llano cercado todo de espesos árboles y de grandes peñas, y vió a un lado dél hecha una choza toda de ramas de árboles, y como llegase cerca della vió no muy apartada una sepultura, la cual tenia encima una piedra, y en ella escritas con sangre unas letras que así decían:

Si alguno aquí acertare por ventura,
Vieniendo a este lugar tan despojado,
Entiendo que aquí mora sepultado,
Debajo desta tierra y piedra dura,
Un cuerpo cuya gracia y hermosura
La muerte derribó de alegre estado;
No declaró su nombre el desdichado,
Mas no pudo encubrir su sepultura.
Amor vivió con él alegre y fuerte
Ninguno le igualó de amor herido.
¡Oh án arrebatao, duro y triste!
Pues pudo así romper bien tan cumplido
Derribando dos vidas una muerte;
Mas la ley del amor aquí consiste.

Maravillado Luzmán de la sepultura y de lo que en ella estaba escrito, no pudiendo entender quién podía ser el que en aquel lugar tan apartado estuviese sepultado, ó quién allí le habria dado sepultura, y escrito sobre ella aquellas letras; y para mejor informarse, deseoso de entender este hecho, llegó a la verde choza, y entró dentro en ella; mas no halló persona ninguna, puesto que conoció que dentro debía de habitar alguno; y mirando por ella vió una pobre cama y encima una arpa, y maravillado de tan solo lugar, comenzó a entristecer y a decir: «por cierto, Luzmán, que tú eres venido a parte cual te conviene, que voy yo buscando, que ninguna cosa me cuadra sino esta, pues en la mayor soledad viviré mas contento; y como esto dije, tomó la arpa en las manos, y con lágrimas de sus ojos, trayéndole el dulce son della a la memoria las cosas pasadas, viendo que nadie le oía sino solo sus cuidados, comenzó a tañer y cantar los siguientes versos:

Pues de la pobre vida
No me queda ya mas que el pensamiento,
Con ansia dolorida
Publiquese el tormento
Que yo por desamor viviendo siento.
Revienten las heridas
Que el amor pudo ator con dura mano,
Y en partes no entendidas
Entiendase temprano
El bien que con morir agora gano.
Vosotros, animales,
Si por ventura estais de amor contentos,
Por bosques y jarales
Soberbios y hambrientos
Venios a amansar con mis tormentos.
Y todo lo criado
Aquello a quien sujeta la fortuna,
Doleos de mi hado,
Y muestre el sol y luna
Que es mayor mi pasión que no ninguna.

Estando Luzmán diciendo estos versos, tan embebecido en ellos que de sí mismo no se acordaba, solenizados con mortales suspiros y dolorosas lágrimas, allegó a aquel lugar una mujer en extremo hermosa, que sería de edad de treinta años: venia vestida de pieles de animales, traía a las espaldas una aljaba de saetas, y en la mano siniestra un arco, y en la otra un pequeño ciervo que ella misma había muerto; pues como llegó cerca, y entendió la suave armonía que Luzmán dentro de su morada hacia, fué muy espantada; y poniendo el ciervo en

tierra, muy paso se puso tan cerca que pudo bien oír todo lo que Luzmán decía. Mas al fin, acabando Luzmán de tañer y cantar, tornó la arpa donde la había ballado, porque le aquejaba mucho la sed; y así salió a buscar si hallaría agua, y a un tiempo ya la mujer entraba donde él estaba, y así se encontraron. Muy maravillada fué ella de le ver, y él asimismo de ver a ella, la cual le dijo: «dime, amigo, ¿quién te ha traído a este lugar tan extraño, que por cierto a maravilla lo tengo?» Luzmán, como viese su gentileza y graciosa postura, y en la manera de su habla y grave continente representase valor, humillósele diciendo: «señora, yo soy un peregrino que anda deseoso de ver las cosas que el mundo en sí tan maravillosas tiene; perdí el camino, y he venido con grande trabajo a este lugar; y maravillado de lo que en él he visto me estaba acompañando con la contemplación de mi pensamiento, esperando que alguno viniese para entender el secreto desta extraña habitación; pues no sin gran misterio vive en ella quien puede sufrir tanta soledad.» La hermosa dueña miró a Luzmán mas por entero, y pagóse mucho de sus palabras y hermosa presencia, y las lágrimas sin poderlas tener le vinieron a los ojos, y así le respondió desta manera: «pues la ventura ha querido traerte en lugar como tú dices tan extraño, no debe de haber sido sin gran causa, y por eso si tú me juras que jamás dirás que en este lugar estuviste ni me viste, si no fuera por ventura sabiendo que yo era muerta, decirte he yo quién soy, y cómo estoy aquí.» Luzmán, agradeciéndole mucho, se lo juró; y así ella le tomó por la mano, y se fué a sentar junto a una pequeña fuente que muy cerca de la sepultura estaba; y allí con grave rostro y triste continente le comenzó a decir lo que se sigue:

«Has de saber que mi propio nombre es la hermosa Porcia; soy sobrina del duque de Ferrara, lo cual bien puedes creer, que así por mi patrimonio como por mi grandeza y hermosura debía ser muy amada y estimada y deseada de grandes y poderosos hombres; mas como amor no guarda término, ni espera tiempo, sino cuando quiere hiere y mata, despertando al que duerme en el sueño mas pesado de su olvido; y este hizo en mí en breve tiempo grandes cosas, porque desprecié a Galeazo, duque de Milán, y a Artidonio, mi primo hermano, hijo de mi tío, en cuya compañía me crié, y asimismo tuve en poco a Calistro, hijo del marqués de Mantua; y esto todo para mayor gloria mía. Porque sepas que amé a un caballero, natural de la fértil España, de una ciudad llamada Zaragoza: estaba en el servicio de mi tío el duque, muy privado suyo, llamábase Erediano. ¿Qué te diré de sus virtudes y escelentes gracias? que si dellas agora te hubiese de contar, gran tiempo sería menester: solo entiendo que él me amó mas que a sí mismo, y siendo venido este amor a comunicarse, gozó de mi hermosura casándose yo con él; mas como la fortuna envidiosa no permitiese fin próspero en principio de tanto contentamiento, antes que él pudiese llevarme, como concertado estaba, muy encubiertamente a su patria, vino el duque a saber, y siendo yo desto avisada se lo dije, y no tuvimos otro remedio, sino que una noche nos salimos juntos de la ciudad de Ferrara, que siete leguas de aquí está, y quiso Dios que no fuésemos hallados; y así venimos a este lugar, el cual es tan fragoso, y de fieros animales poblado, que jamás hombre aquí allegó, ni creo que pueda llegar, sino es por ventura como tú has hecho. Pues viendo mi dulce amigo que por ninguna manera nos podíamos ir sin ser descubiertos, hicimos aquí nuestra habitación por espacio de tres años, yendo él algunas veces encubierto a los lugares mas cercanos a proveer de aquello que habíamos menester; y así cazando con este arco que yo traigo, nos sustentamos con otras frutas y raíces que en esta tierra se hallan. Pues un día,

estando en este lugar, pasados los tres años de nuestra compañía, estando un día en mis propios brazos, diciéndome que ya tenía pensada la manera cómo me había de llevar á su tierra, le dió un dolor en el corazón, y en término de tres días murió. Pues yo desventurada, sola sin aquel que era mi alegría, quedé como muerta; mas la necesidad me dió fuerzas, y así le tuve algunos días ante mis ojos, hasta que el tiempo me lo negó; porque las aves y animales á él y á mi perseguían, y por esto, haciendo con mis propias manos aquella sepultura, le metí dentro, buscando aquella blanca piedra, en la cual de mi propia sangre escribí aquellas letras que allí ves; y sin él he vivido siete años en este lugar, con este arco matando las fieras bestias, como él hacia el tiempo que vivió para sustentarnos, como para defenderme dellas. Y todos los días del mundo con aquel instrumento que allí hallaste, con el cual me cantaba hermosos versos, yo dos veces al día le canto otros por mí compuestos, en memoria del pasado tiempo que con él tuve, y de la queja que yo de la cruel muerte tengo, y con razón; pues llevándome tanto bien, me deja á mi padeciendo tanto mal. Ya te he dicho el proceso de mi vida, y porque hora es de hacer lo que yo suelo, ruégote no me impidas ni me hables palabra hasta que yo haya acabado.»

Y como esto dijo, levantóse, y tomando la arpa del lugar donde estaba, volvió á la sepultura, y destocándose un tocado que sobre su cabeza traía, descubrió los mas hermosos y rubios cabellos que podían ser vistos, y con muchas lágrimas y suspiros lloró una pieza sobre la sepultura; y luego aseosegándose, tomando la arpa en las manos, la comenzó á tocar dulcemente, y con suave voz comenzó á decir los siguientes versos:

Levántese mi voz, comience el canto
Del afligido cisne cuando muere,
Y entiéndase la causa de mi llanto,
Y el soberano sol cuando volviere,
No muestre claridad, mas llóre el día
Al tiempo que su luz la tierra hiere.
No muestren ya las aves su alegría,
Huyendo de las fuentes y los ríos,
Mas hagan con dolor triste armonía.
Y los árboles verdes y sombríos
Se sequen y la tierra esté mostrando
Tristeza con oír los llantos míos.
La mar de muy airada esté bramando
Contando Testimonio el triste hilo,
Que en un tiempo por mí estuvo apando;
Y las ninfas, que están cerciendo el Nilo
Con hermosas guirnaldas, lloren luego
Rompiendo su placer mi triste estilo.
Y el esfera mayor donde está el fuego
Se entristezca, quedando oscura y fría,
Faltando en lo demás todo sosiego.
¿Qué tristeza se iguala con la mía?
Y en fin, vivo con ella, porque espero
En la muerte hallar nueva alegría.
Yo siempre estoy muriendo y nunca muero.
¿Oh muerte desleal! ¿Quién te detiene,
Que no vienes á mí, porque te quiero?
Mas es justo que yo viviendo pene,
Y tenga por ventura cualquier pena,
Que el tiempo contra mi airado ordene.
¿Oh ánima fiel, hermosa y buena!
¿Y cómo te partiste deste suelo
Dejando aquesta mía en tierra ajena?
En fin, es el vivir mar de recelo,
De males y sospechas rodeado,
Y así no puede dar ningún consuelo.
Aquello que promete es emprestado,
Así como lo da, luego lo quita
Con mano soberbia y rostro airado.
¿Oh paz, que ha de reinar con luz bendita!
Acuérdate de mí, por quien tú eres,
Que tu ley en mi alma tengo escrita.
Y aunque quede mi nombre entre mujeres
Afeado por ser de amor vencida,
Sabiendo que son vanos sus placeres;
Yo partiré contenta desta vida,
Porque el amor que tuve y tengo es bueno,
El cual no mereció tan gran caída.
¿Oh cielo de beldad claro y sereno,
Y tú, noche apacible á los mortales!
Poned á mi dolor templado freno.
Y vosotros, silvestres animales,
Que esperáis á la luz de la mañana,
Venida que será, llorad mis males.
Y tú, muerte cruel, que de inhumana,
Me llevaste á mi bien y dulce amigo,
Acaba de venir, pues muero ufana.
Recíbeme, mi alma, allá contigo,
Que presto moriré según me siento;
Pues no puedo tener contentamiento
Hasta verme contigo y tú conmigo.

Acabados de cantar estos versos por la hermosa Porcia,

luego se cubrió su cabeza, y tornó a poner la arpa dentro en su morada. Luzmán se vino para ella, y ella le dijo: «amigo, bien será que demos órden á dar sustento á estos nuestros cuerpos, que nuestros espíritus de mayor manjar se mantienen;» y dicho esto tomó el pequeño ciervo y le comenzó á desollar, ayudándole Luzmán, y haciendo fuego le asó, y junto á la fuente sacando algunas frutas y raíces que tenía, cenaron. Acabada la cena, Luzmán, la comenzó á decir desta manera: «preciada señora, no he tenido lugar de darte gracias por la cuenta que de tu vida me has dado, y agora después de te las dar, te ruego me perdones por lo que te quiero decir. — Dí lo que quisieres, dijo Porcia, que yo te escucharé con entera voluntad; y en lo que dices agradecerme haberte dado cuenta de mi vida, yo he holgado dello, porque me pareces hombre que hay en tí mas valor encubierto que muestras; y diciendo esto, calló para que Luzmán comenzase, el cual comenzó así:

«El sobrado valor y alto merecimiento tuyo tiene admirado mi sentido, y este has querido rendir á la mas alta y subida cosa que jamás se ha entendido; quiero decir, señora, que por amor despreciaste tu grandeza y propia patria, riquezas y señorío, y veniste á este lugar, en el cual no puede habitar cosa humana que racional sea, sino tú, que has pasado á todas las altas doncellas que hasta tí han sido; y aun dudo que las que vernán después te puedan igualar. Esto ¿de qué nació? De ánimo firme y de contemplación subida y de desprecio de las cosas mundanas; poniendo solo el intento á aquel dulce regalo que el corazón pretende alcanzar con el fudo soberano del matrimonio. Fué amor sin deseo, y deseo de lo que convenia, y convino que así fuese; pues ni podía ser ni fuera, si del cielo no estuviera ordenado. Mas, hermosa señora, ya esto es pasado; y debes, si te parece, entender agora nuevamente tu vida como si de algun sueño recordases, contentándote con diez años que en este lugar has estado, y no querer acabar aqui tus días, que podrá ser no morir tan bien ni con aquel aparejo que debes. Mira que el alma es mejor que el cuerpo, y este te debe de engañar con aquella ira que la importuna sed de la muerte de tu amigo te ha causado; y si tú quieres, yo te llevaré deste lugar á alguna parte donde vivas encubierto lo que de la vida te queda; y mas te daré parte del haber que conmigo llevo, doliéndome que en tal lugar perezca una mujer como tú. Perdóname, señora, que tu bondad me da atrevimiento, y tu claro juicio me pide que esto haga; porque puesto que lo que haces sea bueno, mejor me parece lo que yo te suplico; pues ya con los lloros, sospiros y lamentaciones, lágrimas y penosas ansias no puedes volver al mundo á Erediano tu esposo, antes es causa que mas pronto mueras; y de tu muerte no se podrá saber, porque en este lugar no creo que jamás hombre venga, y tu cuerpo será de animales y aves despedazado, y es gran dolor que no se sepa tan alto sujeto como fué el principio de tu vida y el maravilloso fin della. Esto es, señora, lo que decerte queria, y lo que á mí me parece; ruégote por Dios lo mires; y si yo te digo cosa que te contente, hazlo, que yo te juro por la fe de quien soy, que como verdadero hermano haga por tí lo que tengo dicho, poniéndome á todo peligro, aunque no lo habrá, que con prudencia se puede procurar esta tu partida;» y como esto dijo, calló Luzmán.

La hermosa Porcia, que muy atenta habia estado á sus palabras, en extremo holgó de oirlas, y tuvo á Luzmán en mucho, representándose ante ella el valor que encubierto tenía, y aquello que dél habia sospechado; y así asegurándose un poco, le respondió lo que sigue: «verdaderamente, amigo, en oír tus palabras he recibido gran contentamiento; pues de tí y dellas he sacado muchas cosas todas para mí provecho. De tí he acabado de entender ser persona de mucha virtud y de gran discreción, no te fal-

tando noble sangre, que donde esto hay, no falta cosa ninguna; y de tus palabras entiendo, que debes de entender que yo en este lugar muriendo en él, haya de perderme con la desesperación que suelen tener aquellos cuando faltándoles el bien se acaban á sí mismos. No lo entiendas así; que yo lloro, no porque el llorar, los gemidos y suspiros, lágrimas y arrebatadas voces, me puedan dar á mi dulce amigo; mas hágolo porque el corazón con esto descansa, y cuando los ojos al cielo levanto, es acordándome que de allá vienen todos los bienes y consuelos que en la tierra se hallan, y que pienso que está allá aquel mi dulce esposo, pues su vida tal lugar dió á entender que le esperaba; y cuando los bajo á la tierra, es considerando que todos los males que son hasta la muerte desdella, y á ella como á verdadera madre vienen á parar nuestros humanos contentos; y cuando miro estas cuevas y soberbias peñas y estos árboles verdes, contemplo en ellas y en ellos la soledad que el ánima tiene en esta vida con la vaná esperanza de sus mudanzas, hasta que vaya á aquel lugar para donde fué criada. Pues entiendo agora dónde va el fin de mi pensamiento, y á qué blanco tira la jara de mi inclinación, y entendiéndolo no me culparás, ni me aconsejarás que de aquí salga, y así no lo haré jamás, antes quiero morir donde murió quien por mí tomó la muerte; y en lo que dices que moriré en este desierto sin que mi muerte se sepa, no pretendo yo la gloria mundana ni el juicio della; y si las aves y serpientes me comieren, ya sabes tú que el cuerpo sin el alma poca honra merece; y así yo no la quiero; y aquello á que te obligas, que es llevarme contigo, y darme de tu haber, yo por esta voluntad te doy muchas gracias, y ruégote que en esto no me hables; mas me hagas un placer, y es, que me digas quiéres, pues yo te he dicho mi vida.»

Luzmán, oyendo las palabras de Porcia, de su discreción quedó muy satisfecho; y oyendo que no queria hacer lo que le aconsejaba, no habló mas en ello; antes le contó quién era y la causa por que así andaba, de que Porcia quedó muy maravillada, y por otra parte muy alegre, en saber que Luzmán era caballero, y apasionado de amor como ella lo era, y de aquella patria de su dulce esposo. Y con esto le rogó que quisiese quedarse allí tres ó cuatro días, porque le queria mostrar cosas estrañas que en aquel desierto habia; y él se lo prometió. Y porque era hora, partiendo con él de la pobre ropa que tenía, se acostó Luzmán á reposar esa noche, y ella se metió en su pobre morada. No era venida la clara mañana, cuando la hermosa Porcia salió de su morada, y sobre la sepultura comenzó á hacer su acostumbrado llanto, porque dos veces al día solía hacerlo: una vez á la noche cuando el sol se partía, y otra vez á la mañana cuando tornaba á volver; y así con su arpa en las manos tañendo dulcemente comenzó á decir los siguientes versos:

¡Oh sol resplandeciente,
Que vienes á dar lumbré á los mortales,
Y alegras juntamente
Las aves y animales.
Estendiendo tus rayos celestiales!
Alumbra el alma mía,
Que está en oscuridad con gran recelo
En esta tierra fría.
Tan falta de consuelo,
Esperando la luz del claro cielo.
Y tú, muerte, ¿qué haces,
Pues no precias á reyes, duques, condes;
Mas todo lo deshaces,
Y á mí no me respondes?
Pues ven: si has de venir, ¿por qué te escondes?
Y tú, bien copioso
De suma majestad, en quién confío,
Allá do está mi esposo
Me lleva, Señor mío,
Quedando en este bosque el cuerpo frío.

En diciendo estas últimas palabras, bajó el rostro sobre la sepultura, haciendo encima della una cruz con su mano; y como ya fuese llegado el término de su vida, murió, sin que palabra otra alguna dijese que de Luzmán pudiese ser entendida. Pues él, que atento habia estado á la suavidad de su música, y por no estorbaba ape-

nas se habia osado menear, como la vió así, levantóse y fué á ella; y como muerta la hallase, quedó muy turbado y lleno de confusión; y como si su hermana fuera, ó de muchos años la hubiera tratado, comenzó á hacer esquivo llanto, y á decir palabras muy lastimadas; y al fin, esforzándose quiso dar en aquel hecho algun remedio. Y entrando en la verde choza, halló una pequeña azada, y tomándola, cavó la sepultura hasta que llegó á los huesos de Erediano; y llorando de sus ojos, tomó en sus brazos á Porcia y la metió dentro, y tornóla á cubrir con la misma tierra; y hecho esto, se partió por donde mas llano camino vido, y con grande cansancio y peligro anduvo seis días sin comer otra cosa que yerbas, no pudiendo salir á ningún camino; y al séptimo día halló una senda, y anduvo por ella; y no anduvo mucho, cuando encontró algunos caballeros y otras gentes. Y preguntando á un hombre qué gente era aquella, le respondió: «aquí va Artidonio, hijo del duque de Ferrara, á la ciudad de Milán;» él preguntó cuánto estaba de allí Ferrara, «dos leguas», respondió el hombre. Luzmán se alegró, y aquella noche llegó á la ciudad, y se fué á una posada, donde descansó de su gran trabajo hasta otro día, que se fué á oír misa; y después que hubo comido, acordó de ir al palacio del duque, porque le queria dar cuenta de todo lo que habia visto.

Pues llegado al palacio, luego vinieron para él los que en la guardia desta casa estaban, preguntando lo que queria; él respondió que hablar al duque; y tomándole un portero consigo, sin mas preguntarle ni detenerle, le metió en una hermosa huerta, donde el duque estaba, el cual, como vió á Luzmán, llamóle diciendo que se llegase cerca dél. Luzmán holgó mucho de verle, porque tenia gentil presencia, puesto que era de cerca de setenta años, y así se le humilló, diciendo: «señor, yo tengo de hablar contigo, si tú me das licencia, que sin ella mas seria atrevimiento loco que prudencia; pues ante tal hombre como tú, menester es gran comedimiento y humildad, pues dél y della se adorna el sabio.» El duque miró á Luzmán, y parecióle muy bien, y respondióle así: «amigo, siempre tuve por costumbre de oír benignamente á todos aquellos que de mí hubieren menester cualquiera cosa; y cuanto mas pobre y necesitado es aquel que á hablarme viene, tanto yo con mayor voluntad le oigo y favorezco; pues no se puede llamar señor quien desto huye, porque la benignidad es aquella que sublima y ennoblece al príncipe, oyendo al pobre como al rico; y poniendo los ojos en sus vasallos y propios siervos, ha de entender la falta que hay en ellos, y entonces remedialla. Porque aquel que desto huye, mas es señor para sí que para otros; y sus riquezas no se pueden llamar bienes prósperos; y así yo pretendo, con lo que Dios me ha dado, ser como el padre de las familias y sembrar para todos, porque coger puedan de mí lo que á ellos falta. Así que, amigo, di lo que quisieres, que aparejado estoy para oírte.»

Luzmán se le humilló otra vez, y le comenzó á decir desta suerte: «la sublimada fama de tu nombre muchos días ha que en mis orejas está puesta, y así solamente por te conocer vine á esta tu ciudad, porque mi costumbre es esta, deseando ver las cosas grandes y maravillosas. Pues entiende, señor, que lo que obras no puede tener fin; que puesto que el mundo lo tenga, la virtud, como sube á su propio lugar, no puede de allí caer; y para que mejor entiendas lo que decerte quiero, has de saber, que yo soy un caballero de España, que deseoso de ver y entender las estrañas cosas que el mundo tiene en sí sali de mi tierra desta manera, como me ves vestido, y viniendo á esta ciudad no sé cómo el camino perdí, y anduve por un estraño bosque cuatro días, y al cabo dellos, hallándome en un llano topé una sepultura.» Y de aquí le comenzó á contar todo el hecho de Porcia y Erediano, de la manera

que lo habia visto y oido de su boca. Cuando el duque esto entendió fué muy maravillado, y las lágrimas le vi-

El duque, con muchos caballeros, salió á recibir esta triste venida, y suntuosamente los mandó sepultar. Tres meses estuvo Luzmán en Ferrara, que nunca el duque le dejó partir, tanto holgaba con su conversacion; y al fin le hubo de dar licencia; y por su consejo se hizo un sepulcro muy maravilloso: y las letras del Luzman las compuso. Era desta manera todo: era labrado de muy hermoso alabastro, con muy doradas antiguallas; encima dél estaban, que se podian bien ver, naturalmente obrados, los dos amantes; á la cabecera de Erediano habia un escudo; á la una parte dél estaba él retratado, y á la otra parte el dios de Amor tenia el arco y flechas quebradas en la mano, como que la queria echar con rostro airado, y en medio unas letras que así decian:

¿Qué dices, dios de Amor?—Vengo enojado. Y qué es la causa, di?—Tu mala suerte. Pues, ¿qué es de tu poder?—Ya no soy fuerte. Y, ¿quién fué la ocasion?—Tu triste hado. ¿Qué hallas en mi ser?—Fin desdichado. Y, ¿quién le derribó?—La cruda muerte. —Amor! venme á valer.—No hay ya valerte.

Tus armas, dónde son?—Las he quebrado. ¿Qué le quito en morir?—Las glorias mías. Pues, ¿qué puedo hacer?—Tener paciencia. ¿De dónde me venrá?—De tu desseo. Mi Porcia, ¿vivirá?—No muchos dias. ¿Quién se los quitará?—Tu larga ausencia. ¿Y no hay remedio, Amor?—Yo no lo veo.

A la banda de Porcia estaba otro escudo; á un lado dél, ella al natural retratada, de la manera que estaba en el bosque; y á la otra parte del escudo, asimismo retratado Erediano, y en medio figurada la muerte, que el arco y flecha tenia contra Erediano, y el rostro vuelto á Porcia, y á sus piés de la muerte unas bien obradas letras que así decian:

Aparta de delante, muerte fea. No me encubras la flor de mi verano; Mas déjame gozar de Erediano, Pues no puedo vivir sin que le vea. —Hermosísima Porcia, nadie crea Que se puede soltar de aquesta mano, Y así tu corazon y el suyo ufano Muy presto vestirá de mi librea. —Oh dulce juventud, corta ventura! Pues llévame con él, no quede en tierra Tan sola, sin placer, dura y fragosa. —Primero le darás la sepultura. En un pequeño llano de esta sierra, Y luego morirás, dama hermosa.

A los piés deste hermoso sepulcro estaba otro escudo, y en él escritas unas letras de oro muy bien hechas, las cuales decian desta manera:

Aquí están sepultados dos amantes, Erediano y Porcia ilustre y clara. Sobrina del buen duque de Ferrara. Casados por amor, firmes, constantes. Este hecho no culpen ignorantes: Pues saben que el Amor, cuando dispara, En cosas de gran ser pone la cara, Derribando las fuerzas importantes. Vivieron en un monte extraño y hero. Con vida trabajosa algunos años: A los tres murió él y á los diez ella. Que cualquier amador, si es verdadero. No teme diferencias, muertes, daños: Ejemplo este varon y esta doncella.

LIBRO SEGUNDO.

EN EL CUAL SE CUENTAN LAS EXTRAÑAS COSAS QUE LUZMÁN VIDO ANDANDO EN SU PEREGRINACION.

Partido Luzmán de Ferrara, tomó el derecho camino de Lombardia, y así vido las mejores tierras della, siempre pensando en el extraño fin de Porcia, y cuánta ventaja en ley de amar llevaba á su señora Arbolea, aunque en hermosura no se la daba. Pues así anduvo tanto, que llegó á la ciudad de Milán, donde él llevaba el intento, por haberla oido tanto celebrar; y así, llegando á ella, se fué esa noche á la casa de una bonrada dueña, la cual le recogió amorosamente; y estando así, vino un hijo que ella tenia del palacio del duque, paje suyo, y como viese á Luzmán, llegóse á él, y comenzóle á preguntar de dónde era, y él le respondió diciendo como era de España, y que venia con deseo de ver las cosas del mundo. El mancheco, que de ver á Luzmán quedó muy contento, y en su manera se le representó ser hombre de valor, le dijo: «pues vuestra intencion es de ver grandes cosas, yo quiero, si á vos os place, llevaros conmigo esta noche al palacio del duque Galeazo, con quien yo estoy, porque hoy se ha casado, y esta noche se hacen muchas fiestas, y así las podreis ver, que yo creo os contentarán tanto cuanto podreis ver ó haber visto. Luzmán se lo agradeció mucho, y le dijo que era muy contento; y así cenaron, y después de cenar se fueron juntos. Estaba aderezada una rica sala, toda cubierta de paños de fino carmesi, broslados todos de oro, con las armas del duque, las cuales eran unos del-

finos sobre ondas de plata, y al derredor habia letras que todas igualmente decian así:

Crecieron y crecerán Sin fin en el fin que tienen Los que en mi mar se sostienen.

Destá sala entraron en otra, cuya riqueza era de gran estima; y allí Fabio (que así habia nombre el paje) le puso en un lugar de donde pudiese muy bien ver todo lo que allí se habia de hacer. Pues mirando Luzmán al duque, que de poca edad era, vestido ricamente, muy acompañado de caballeros, y á la duquesa, que de gran hermosura era dotada, acompañada de muchas dueñas y doncellas, vió que de una nube, que artificiosamente estaba hecha en lo alto de la sala, abriéndose por medio, bajaba una doncella, artificiosamente vestida toda de tela de plata, con unas alas de maravillosas plumas, y traia en las manos un hermoso instrumento á manera de lira, la cual dulcemente tañendo, y cantando, comenzó á decir así:

Levántese la voz que está escondida En los montes mas altos de Parnaso. Y vaya desde allí por mar y tierra; Las niñas traigan luego el claro vaso Con el agua que está de amor cogida. Sintiendo cuantos son ardiente guerra: Y en la encumbrada sierra, Adonde yo triunfando Sustento con mis alas navegando. Aquella gran potencia que se encierra En el linaje y bando

Acabadas estas palabras, luego comenzó á templar su lira Irponio, y templado que la hubo, comenzó dulcemente á decir la siguiente cancion.

Alégrense las aves y animales, Y los peces del mar y sus riberas; Los prados y flores que engan flores, Y esténdase mi voz por los mortales, La cual pueda amansar sus ansias fieras, Nacidas y engendradas por amores; Y de nuevas colores El gran arco del cielo Se vista para dar mayor consuelo; Y todo cuanto pido Suceda con valor de amor cumplido, Perdiendo toda suerte de recelo. Pues yo solo alcancé con mansedumbre Lo mas que tiene amor allá en su cumbre.

Acabado Irponio de decir esta cancion, luego Boliano, que atento habia estado al gran contento de Irponio, comenzó á tañer y cantar lo que se sigue:

De gran oscuridad se vuelva el dia A los tristes gemidos de mi canto, Y las aves se escondan en sus nidos, Oyendo el gran dolor de su armonia, Haciendo cuantos son terrible llanto. Quedando con me ver de amor herido. Los árboles vestidos Se vean despojados De hoja, fruto y flor, y los collados Se hundan al abismo, Sintiendo mis cuidados Causados por mi mismo, Y así con gran dolor todas las gentes En solo mi pesar pongan las mientes.

IRPONIO.

Yo solo cantaré viviendo ufano, Alegre, firme y fuerte en toda hora De ti, mi Bellana, fuente y río, Hermosa primavera del verano, De quien amor vencido se enamora Envidioso de ver tanto bien mío. Yo soy el que confío En no poder mudarse El bien que tengo agora, ni apartarse, Pues no tiene fortuna Poder para enojarse, Ni otra cosa ninguna Se puede levantar contra mi hado, Haciéndome quedar desconsolado.

BOLIANO.

La muerte llamaré; y entre las peñas Haré mi habitacion do pueda el eco, Responderme á lo menos cuando hable; A los aires haré mortales señas Y en el valle mas bajo, oscuro y seco Daré fin á mi vida miserable, No hallo suerte estable. Quel tiempo no le mude; Y en esto que yo digo nadie dude Si pende de esperanza, Pues hice lo que pude Muy firme sin mudanza, Y el pago que saqué, fué morir luego Quedando sin sentido preso y ciego.

Acabada esta última cancion por el triste Boliano, luego salió de un artificio, que cubierto estaba al fin de la gran sala, un carro triunfal, que seis ciervos muy hermosos sobre sí traian: era hecho de artificiosos arcos cubiertos de oro y seda, y en medio dél venia una rica silla y en ella sentado el Amor, y al derredor del carro muchos hombres, vestidos de costosos trajes, tañendo diferentes instrumentos; y luego que el carro llegó junto adonde los pastores estaban, el Amor salió dél con un dorado arco en las manos y una flecha, así como lo pintan los antiguos; y parando la suave música comenzó á decir con semblante grave, mirando á todas partes, las palabras que se siguen:

La majestad y grandeza De mi nombre se levante Con sus glorias; Muera toda fortaleza, Y solo la fama cante Mis victorias. Reconozcan los mortales Mi valor firme y perfecto; Pues yo soy Quien doma los animales, Y en el lugar mas secreto Allí estoy. Yo venzo sin ser vencido, Porque mi forzosa guerra Siempre crece:

Es mi nombre el dios Cupido, Y así la mar y la tierra Me obedece. Soy señor universal, Rey de todos los estados Y naciones; Es mi poder inmortal, Y en desiertos y poblados Doy pasiones; Yo hago temer al fuerte Y levanto al lemeroso Sin temor, Ofreciéndome á la muerte Con animo generoso Por amor.

Como acabó el Amor de decir estas palabras, volvióselo al pastor Irponio, y díjole lo que se sigue:

Irponio, vente conmigo, Qué quiero llevarle á ver Mis flores;

Y á Boliano tu amigo, Hacer que tome placer Con tus fiestas.

De aquesta casa antigua, cuya fama El tiempo con razon su ser derrama.

La justicia quebró su antigua espada Cuando pensativa y lastimera; No siento la razon por que lo ha hecho; En fin, toda cizaña esquivá muera. Reinando ya la paz, que desterrada Estaba con dolor muy sin provecho; El mundo está deshecho Reinando la cruz, y Y todo por estados y grandeza; Mas, ¿quién podrá traer el mundo al peso De la naturaleza, Que falta fuerza y seso? Así que, todo va perdido y muerto, Habiendo en todas cosas desconcierto.

Pues yo quiero volar ligeramente Por los montes mas altos de Tesalia, Volviendo por las partes de Ruxia, Habiendo dicho antes por Italia El triunfo singular que aquí presente Las ninfas han juntado en este dia. Después la lengua mia Podrá muy sin recelo Encumbrar tu grandeza allá en el cielo. Mas que pienso decir, que en tan gran cosa Conviene mayor vuelo Y gracia poderosa; Mas quiero levantarme, que ya tarde; Y pues la fama soy, ¿á quién aguardo?

Luego que acabó de decir estos versos, se tornó á levantar hasta donde la nube estaba, y se entró dentro; y luego salieron de dos aposentos, que el uno frontero del otro estaba, dos pastores, ambos de poca edad. Traian en las manos sendas liras; y el uno, que antes que el otro salió, venia cantando á un son, que á tristeza convidaba, unos versos, quejándose del Amor en ellos, los cuales así decian:

Quien fin de su amigo Le mueve la razon sin ser forzado; Mas quien de su enemigo Está muy confiado, No se queje después si fué engañado. El lince viendo alcanza A traspasar un monte y una sierra: Tal fué la semejanza De do nació mi guerra, Pues yo vi por mi mal tu cuerpo en tierra. El basilisco mala Con ojos de ponzoña á cuantos mira: De tal suerte me trata La Vista de tu ira, Por do mi corazon de amor sospira.

Como este pastor con triste sonido acabase de decir estos versos, calló, poniéndose á mirar á la duquesa y á todas las otras dueñas y doncellas; y á este tiempo el otro pastor, con alegre armonia, comenzó á tañer y á decir desta manera:

Yo solo de la fortuna Jamás no fui perseguido; Porque Amor A los falsos importuna, Y aquellos pone en olvido Y da dolor. Yo por las verdes montañas Goto las yerbas y flores Y sus frutos;

Porque ha visto mis entrañas, Amor que no da favores A los brutos. Y pues solo merecí Lo que nadie mereció De derecho; Viva la firmeza en mí, Pues ésta nunca murió En mi pecho.

Acabado de decir estos versos, paróse; y luego el primer pastor, llamado Boliano, comenzó á decir á este segundo, que Irponio habia nombre, desta manera:

BOLIANO. Irponio, ¿qué te parece De mi gran desventura Y mal fiero? ¿Quién de mí no se adolece, Conociendo mi tristura Y cómo muero? Mejor me fuera no amar; Mas yo digo en lo que toco Falsamente. Porque mas vale penar; Que el que está sin pena es loco, Y no prudente.

Amase, si no era en mí Defenderme, Porque el amor me forzó, Y entonces mas merecí Con perderme? Que tan escelente llaga Era victoria sufrilla Y lenella. Porque el amor da tal paga Mostrando por maravilla Vida en ella, Así que si tú llevaste El bien que yo pretendia Merecer; No por eso me quitaste Con llevarme el alegría Mi querer. Que yo bien podré morir Y entregarme de mi gana A los enojos. Mas no que pueda partir El valor de Bellana Ante mis ojos.

IRPONIO. De tu rabiosa passion Puedes creer, Boliano, Que me pesa. Mas tú fuera de razon Escogiste con tu mano Tal empresa. Que no debieras de amar En el lugar que escogiste Sin recelo; Porque es doblado el pesar Y da fin amargo y triste Por consuelo.

BOLIANO. Cada cual con su instrumento, Porque con mas gracia y arte Placer demos.

¿Cómo me dices que no